

LA FAMILIA COMO BASE DE LA EDUCACIÓN



Gonzalo Vial C.
Escuela de Educación.

La educación básica y media en Chile se halla en crisis, y no se divisa salida real para sus deficiencias.

Los indicadores, sean nacionales (SIMCE), sean internacionales (TIMSS ú OECD), coinciden en la crisis y su gravedad.

Incluso nuestro alfabetismo, del cual nos hallábamos tan orgullosos, está hoy en tela de juicio. Pues uno de los indicadores referidos, el OECD, señala un porcentaje inaceptable e inesperado de compatriotas que –para los efectos prácticos más sencillos– no saben leer (ni, por tanto, escribir). Dice el OECD, efectivamente, que el 80% de los chilenos entre los 15 y los 65 años, carece del nivel de lectura mínimo para funcionar en el mundo de hoy.

Los gobiernos de la Concertación han hecho esfuerzos ímprobos para mejorar las cosas, y en algunos aspectos de trascendencia lo han logrado, o lo están logrando, por lo menos parcialmente. Citemos, v. gr, el sustantivo aumento de las remuneraciones del magisterio, o la aplicación de la jornada completa a escuelas y colegios. Citemos también la honestidad de recurrir a calibramientos internacionales –como los arriba dichos– para aquilatar la realidad de la enseñanza, aunque con ellos esta última parezca «desprestigiarse»... siendo que, simplemente, los estudios externos desenmascaran en vez de esconder esa realidad chilena.

Pero otros aspectos, asimismo importantes, permanecen sin solución. Éstos anulan o disminuyen los efectos positivos de los ángulos ya resueltos con acierto, perpetuando la crisis.

Y la crisis educativa hace imposible el progreso político, económico y social del país. ¿Qué democracia, votando siete u ocho millones de personas; qué crecimiento material, cada día más exigente de trabajadores de educación calificada; qué avance social podemos esperar, si el 80% de nuestros adultos no entiende una lectura sencilla?

Hay, no obstante, un problema previo a la educación, pero decisivo para ésta.

Es el problema de la familia.

La familia chilena se halla en ruinas, sobre todo si examinamos los medios populares. El grado de esa destrucción apenas se sospecha por la clase rectora y la mesocracia acomodada, los chilenos «de Plaza Italia para arriba» que, desde las «ocho manzanas» céntricas, dirigen la política, la economía y la sociedad del país. Tomemos al azar una escuela básica en una comuna pobre del Gran Santiago, y hallaremos las siguientes

estadísticas para los padres de sus alumnos.

Niños que viven con un solo padre	37.5%
Niños que viven con padrastro o madrastra	7.0%
Niños de madre adolescente	5.2%
Niños de madre o padre alcohólico	18.0%
Niños de madre o padre drogadicto	15.1%
Niños de familia allegada	71.0%
Niños de familia con casa propia	29.0%
Niños con maltrato infantil identificado	36.0%
Niños con padres cesantes	19.1%

Las cifras que preceden deben tomarse como un síntoma, por supuesto, no como la fotografía de una realidad social más amplia que la escuela específica que se estudió. Pero, de cualquier modo, son aterradoras... el síntoma es aterrador.

Si se piensa que la enseñanza –aún imaginándola de altísima calidad– pueda por sí sola superar semejante situación familiar, sólo se sueña.

No sacamos nada, entonces, con mejorar la educación de los sectores populares, si abandonamos la familia en los mismos.

El Estado, directa o indirectamente, financia alrededor del 90% de la enseñanza nacional, en un sistema de gratuidad. Vale decir, financia toda la educación que recibe la gente modesta, la cual –innecesario parece decirlo– no paga ni tiene cómo pagar las escuelas ni los liceos de sus hijos. Pues bien, tiramos ese cuantioso dinero público a la calle si no se piensa y se aborda, simultáneamente con el problema de la enseñanza pública o gratuita, el de la familia.

Y no hay que hacerse ilusiones. La familia que favorece a la educación es la tradicional. La pareja estable y sus hijos. Las extensiones que hoy se quiere hacer del término «familia», pueden ser defendibles para otros efectos, más para el efecto educacional son patéticamente inútiles.

No podrá el Estado, quizás, detener completamente el proceso desintegrador que comprobamos, cuyas causas son profundas, poco conocidas y universales. Pero en cambio, puede:

- fomentar la preservación y extensión de la familia tradicional; y
- al contrario, no fomentar su extinción.

Hoy procede, en Chile, exactamente al revés: desampara la familia y al mismo tiempo, sin darse cuenta (supongamos), se estimula a desaparecer.

Lo segundo ocurre por el triunfo de ideologismos valóricos, manifestados en «ingenierías sociales». Aquéllos se copian servilmente de realidades o teorías o libros por completo ajenos a nuestro país y –con esta base irreal– modernos «desconformados cerebrales» (el célebre término de Encina) discurren las «ingenierías» en el escritorio y las aplican a un pueblo sufriente e indefenso.

Los ejemplos son muchos.

La igualdad legal de los hijos nacidos dentro o fuera de nupcias.

La obligación impuesta a los Servicios de Salud, en orden a esterilizar mujeres a su solo pedido... incluso a las apenas salidas de la adolescencia (dieciocho años), analfabetas y casadas, en este último caso sin necesidad de que el marido lo apruebe... ni siquiera lo sepa.

La promoción estatal de los anticonceptivos entre los jóvenes, aún implantando a niñas de quince o menos años mecanismos intrauterinos, sin permiso y hasta sin conocimiento de los padres, y repartiendo condones en los consultorios, a usuarios de los doce años arriba.

Los planes de educación sexual para escolares, que prácticamente significan marginar a los padres –otra vez, y en tan delicada materia– y estimular el sexo prematuro.

El aclamado fin de la censura fílmica, que significará el mercado libre, a cualquier edad, del video pornográfico.

Una ley de divorcio que avanza, y que contempla el abandono del hogar como método legal para que el cónyuge culpable imponga el término del vínculo al cónyuge agraviado y perjudicado. Etc. Etc.

Todos estos errores se cometen aduciendo la necesidad de frenar tendencias negativas que, sin embargo, en los mismos diez años de ideologización valórica e ingenierías sociales, no han hecho ni hacen sino agudizarse progresivamente. Así los abandonos del hogar; la violencia intrafamiliar, la escolar, o la callejera de «días de protesta» protagonizada por niños entre doce y quince años; el embarazo adolescente y los hijos fuera de matrimonio; el SIDA, que crece en Chile más que el promedio mundial, etc.

Y al paso que estas «ingenierías sociales» no cumplen ninguno de los objetivos a los cuales teóricamente se dirigen, arremeten contra la familia y continúan disolviéndola.

Si los anteriores son efectos antifamilia que propia aunque indirectamente derivan de la acción estatal, o que ésta fomenta y agrava, hay otros que vienen de una ceguera colectiva de la sociedad.

Es el caso de «la mujer que trabaja», emblemático orgullo de la posmodernidad y por cuyo incremento en Chile solemos autofelicitarlos.

Pero... ¿quién es aquí, esta mujer que trabaja? Hay ciertamente profesionales, artistas, ejecutivas, funcionarias, etc. Es la punta del Iceberg que vemos desde las «ocho manzanas». Pero la masa del Iceberg la forman las mujeres pobres, que por decenas o centenares de miles abandonan sus hogares todo el día, viajan horas y horas diarias en buses infernales para llegar a sus sitios de labor, y ganan salarios miserables -30% menos que los hombres, dice un estudio reciente- como operarias de industrias, empleadas de casas particulares, garzonas, auxiliares de salud, dependientes del pequeño comercio, etc. Generalmente no lo hacen por gusto, ni por complementar la remuneración de la pareja, sino porque ésta las ha abandonado, o no las provee suficientemente.

El hogar vacío por el trabajo de ambos cónyuges, representa la destrucción de la familia como centro formador de los hijos. Reemplazada en esta por la calle, con todos sus peligros.

En otros países el problema se reconoce y se hacen esfuerzos por solucionarlo o cuando menos paliarlo, v.gr., fomentando el trabajo a domicilio de la mujer. Aquí no, a nadie le importa.

Hace un tercio de siglo que —con la sola excepción del lapso de régimen militar— se viene diciendo a los pobres que tengan pocos hijos, para que la mujer trabaje y el salario de ambos cónyuges «luzca y haga progresar a una familia de tres o cuatro miembros como máximo. Los pobres han obedecido, su tasa de natalidad es ya casi la de países viejos, y el trabajo femenino se extiende, marea incontenible... Pero la miseria (20% de la población total), en ese tercio de siglo, no ha disminuido un ápice: la mujer laborante es explotada; los hijos viven en la calle, y la familia... la familia ya casi no existe.

Si se consiguiera atajar la destrucción de la familia popular, habríamos dado un gran paso —y el paso necesariamente previo o cuando menos simultáneo— para que avanzara la enseñanza pública, es decir la gratuita, la única que recibe el 90% de los chilenos en básica y media. Un avance que la aproximara a la calidad mínima, que hoy no tiene.

Pero dicho progreso depende además de otros factores, ya específicamente educacionales, que tampoco están en vías de solución. Y que, como decíamos, anulan o disminuyen el éxito de pasos positivos ya dados.

Este artículo enfoca, primordialmente, la importancia de la familia, en la educación. No hay espacio para mucho más. Pero conviene enumerar, siquiera, los anotados factores adicionales de carácter negativo:

El gasto público en la enseñanza básica y media, es aproximadamente la tercera parte del requerido, con extrema sobriedad, para que se obtenga el nivel mínimo del cual hablábamos arriba. Esta pobreza de recursos causa deficiencias generales que son obstáculos insuperables al progreso educativo, v.gr., los acostumbrados 40 ó 45 alumnos por curso.

Ha ido aumentando la tendencia a recentralizar en el Ministerio de Educación —ni siquiera en las Secretarías Regionales Ministeriales— diversos aspectos trascendentes de la enseñanza pública. Centralismo educacional significa mayor ineficiencia, mayor costo, y malgastar recursos. Es inexplicable, por ejemplo, que los mecanismos de rentas y estímulos del magisterio, o la confección de los textos escolares que se reparten gratuitamente, se discutan y definan o se realicen en el nivel central. Sin que participen las municipalidades (gestoras teóricas del proceso educativo), ni los establecimientos, ni los padres.

Escuelas, liceos y colegios gratuitos —especialmente los municipales— carecen de la flexibilidad indispensable para cumplir su tarea.

Así, en los establecimientos de las municipalidades (60% del total de alumnos), los directores son inamovibles y los profesores también, y éstos no se califican anualmente (caso único entre los servicios públicos). Los dineros que la dirección o la comunidad escolar puede mover con alguna libertad son irrisorios o inexistentes. Gracias al abuso que ha hecho el Ministerio de los «contenidos mínimos obligatorios» (CMO), de hecho los planes y programas han quedado fijos, inmodificables. Para el 2002 se anuncia, como gran avance, que los colegios, escuelas, etc., podrán al menos elegir los textos estatales; hasta hoy, se los repartía el Ministerio sin preguntarles nada, a su capricho. Y los que preceden son sólo unos pocos ejemplos de la inflexibilidad educacional que nos paraliza.

La educación es un arte, una interacción personal entre profesor y alumno. La burocracia la ahoga y esteriliza.

El avance de la enseñanza chilena, entonces, tiene este doble obstáculo: el problema de la familia, y las deficiencias del proceso mismo, algunas de las cuales hemos esbozado, y que casi todas provienen de quien paga la cuenta y por ello se cree con derecho y habilidad —eterno autoengaño— para decidir la música: el Estado. Pero, inevitablemente, la escoge muy mal y la toca peor.